

LOS PAISES DE LA C. E. N. T. O. DESPUES DEL FRACASO DE LA "CONFERENCIA CUMBRE"

El fracaso de la conferencia cumbre que los principales gobernantes de las llamadas «cuatro grandes potencias» mundiales debían haber celebrado en París desde el 15 de mayo, ha tenido diversas repercusiones en Asia meridional. Principal punto de referencia de tales repercusiones, ha sido y siguen siendo el de los países del Oriente Medio que forman parte de la C. E. N. T. O., es decir Turquía, Irán y Pakistán. Sin aflojar sensiblemente los pactos firmados ni las relaciones defensivas que les unen a las potencias anglosajonas, las tres naciones musulmanas, que aún siguen dentro de los restos del que fué Pacto de Bagdad, se esfuerzan en apoyarse más sobre sus existencias orientales que sobre sus alianzas con grandes potencias. Así, los países asiáticos de la C. E. N. T. O., no sólo tienden a inclinarse ligeramente hacia un neutralismo pacifista, sino a utilizar tal inclinación (más o menos aparente y más o menos sincera) para buscar una aproximación hacia los demás países independientes vecinos. Sobre todo la India y los Estados árabes.

El comienzo de las conexiones de la C. E. N. T. O., con los efectos de la suspensión de París, estuvo en el episodio del avión norteamericano que fué derribado en Rusia el 5 de mayo. Después se supo que el avión en cuestión había salido de una base estadounidense instalada en territorio pakistano, y el 10 dijo Kruschef personalmente al Encargado de Negocios del Pakistán que si los aeródromos de Peshawer se seguían utilizando contra la U. R. S. S., ésta tomaría medidas de represión. El 11 fué Gromyko quien, durante una conferencia de prensa celebrada en Moscú, llamó «cómplices» a Pakistán, Irán, Turquía y Noruega, por ser aquéllos los países de recorrido y destino del aparato derribado. El 30 del mismo mayo, fué el mariscal Malinovsky quien hizo una amenaza general de ataque y destrucción de «cualquier base» de la cual despegasen aviones para entrar subrepticamente en el espacio aéreo soviético. Después no hubo más declaracio-

nes, con aplicación a los países asiáticos vecinos, pues la atención oficial rusa quedó vuelta hacia el desarrollo en Ginebra de la conferencia del desarme, que reanudó sus tareas desde el 7 de junio.

Entretanto la presentación de la protesta soviética ante el Consejo de Seguridad, fué coincidiendo con algunos gestos (al parecer contradictorios) de los países afroasiáticos, próximos a la U. R. S. S. Ante todos los Gobiernos de Afganistán y Pakistán se había apresurado desde el primer momento a protestar ante Washington por lo que ellos calificaban de «violación de sus espacios aéreos». Tal protesta no resultaba extraña, en lo referente al Afganistán, que es uno de los empeñados campeones del neutralismo a todo trance. Más sorprendía, respecto a Pakistán, pues en la prensa de Londres se recordaba que entre los Gobiernos de Washington y Karachi existen tres acuerdos de carácter militar. Después, la posición de Pakistán quedó explicada y reforzada al saber que sus puntos de vista eran compartidos en Teherán, donde el Gobierno persa había subrayado insistentemente que en su territorio no existía ninguna base aérea extranjera. Sólo en Turquía el Gobierno de Menderes no hizo ninguna declaración expresa; pero entonces la política interna absorbía en Ankara toda la atención.

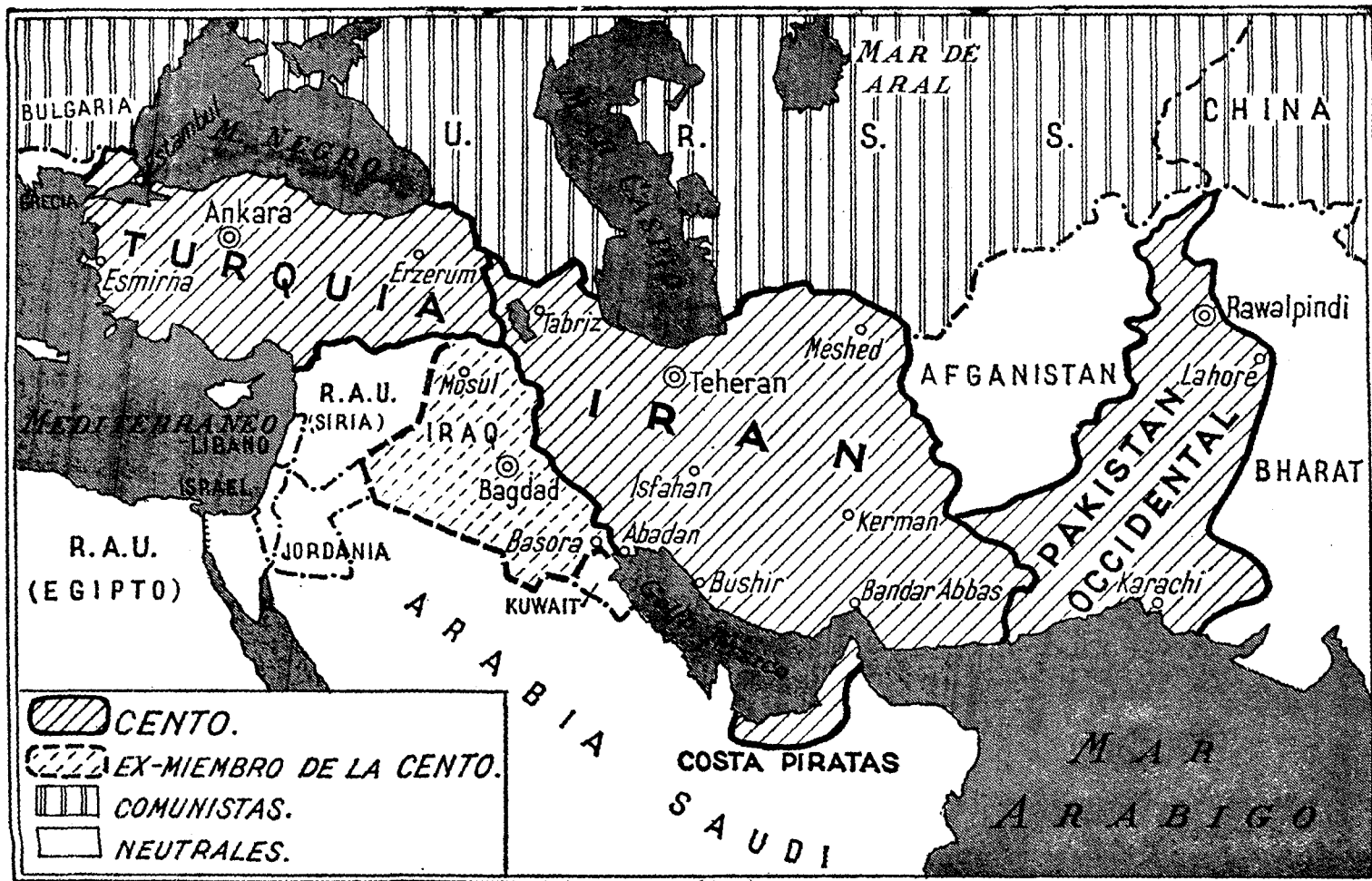
Al presentarse el texto ruso ante las Naciones Unidas, la mayoría de las representaciones afroasiáticas en la O. N. U. elogiaban el proyecto de resolución pacificadora presentado por Túnez, Ceilán, la Argentina y Ecuador. El debate del Consejo de Seguridad terminó sin ningún resultado positivo. La prensa de Moscú se quejó de que los miembros afroasiáticos no habían mantenido su resolución hasta el fin, ni habían sostenido el proyecto soviético, por haber existido presiones de Estados Unidos. Parte de la prensa americana reconoció también esto, pero en último caso, el llevar delante el pleito ante el Consejo, habría repercutido contra la misma tesis pacificadora que se buscaba.

Nada de lo ocurrido en la O. N. U. comprometía ni obligaba a los países próximo-orientales, amigos de las potencias atlánticas, por lo cual éstos podían seguir buscando soluciones por sus propios caminos. En general tienden desde entonces a reforzar en los pactos con Gran Bretaña y Norteamérica aquellos aspectos que son sólo de carácter estrictamente defensivo. Ya en febrero hubo un primer antecedente con la visita no oficial que hicieron al presidente Ayub Jan, el Shah de Persia y el entonces jefe del Estado de Turquía, Yelal Bayar. En el texto de la declaración común que difundieron, después de enviar un amistoso saludo a la reina

Eiisabeth y al presidente Eisenhower, expresaron su convicción de que el organismo de la C. E. N. T. O. «tiene por objeto el mantenimiento de la paz y la integridad territorial, para el desarrollo de la economía y garantía de la soberanía de los países miembros. El pacto debe continuar funcionando, mientras los países miembros sean objeto de amenaza en su seguridad y estabilidad. Nos conformamos plenamente al principio de no intervención en las cuestiones internas de los otros países, vecinos y lejanos, y esperamos, naturalmente, de los otros el mismo respeto». En abril se reunió en Teherán el Consejo Ministerial de la C. E. N. T. O., cuyas sesiones fueron abiertas por un discurso del Shah, en el cual éste exponía la necesidad de que en los tres países islámicos de la organización se garantizaran la paz y libertad por el «fortalecimiento paralelo de las defensas militares y los recursos económicos». Por su parte, el secretario de Estado norteamericano, Christian Herter, y el ministro del Exterior británico, Selwyn Lloyd, hicieron declaraciones pacifistas de carácter vagamente general.

Considerando superficialmente la evolución de la C. E. N. T. O. sólo a través de los discursos protocolarios y los comunicados impresos, podría recibirse la falsa impresión de que mientras las dos potencias anglosajonas mantienen el «statu quo» de una organización bélica que sea, en Oriente Medio, como otro eslabón enlazado con todo el funcionamiento de la atlántica N. A. T. O., los tres Estados, turco, iraní y pakistaní, se inclinaban a un neutralismo pacifista y economista (poco más o menos semejante a los de la República Árabe Unida y la India). En realidad desde 1959 venía ocurriendo todo lo contrario. En el curso de la última reunión que se celebró durante 1959, los representantes de los Gobiernos de Washington y Londres mostraron el criterio de que los países islámicos de la C. E. N. T. O. se limitasen a ser elementos accesorios y casuales que cubran en Oriente un sector local de las defensas de los «tres grandes occidentales» en un flanco de la U. R. S. S. Y que sus actuaciones deben subordinarse a la línea de las gestiones de las grandes potencias aliadas (incluso siendo más o menos amigos y enemigos de Rusia, según convenga a los planes de las mundiales conferencias de desarme o de la «guerra fría» de dichos aliados). En Ankara, Teherán y Karachi, se cree por el contrario que la defensa del Próximo o Medio Oriente debe fundamentarse en las necesidades y los recursos propios de dicho Oriente.

La reunión de Teherán en abril sirvió para que los representantes de los países asiáticos en la C. E. N. T. O. volviesen a insistir en su creencia de



que su problema ante Rusia no es sólo militar y político, sino también ideológico, económico, social, cultural, etc. La defensa exige allí previamente una serie de mejoras de infraestructuras técnicas y modernizaciones por las cuales se eleven el nivel de vida de sus pueblos (que en gran parte arrastran aún imperfectas estructuras medievales). Sólo considerándose sólidamente establecidas y prósperas sobre sus propios suelos, pueden resistir las masas de Oriente Medio a las presiones y propaganda disolventes exteriores. Siempre también a condición de que en lo político exterior no se sientan arrastradas como satélites de las grandes potencias «occidentales», sino como compañeras voluntarias en plan de igualdad.

Los sucesos de Turquía en mayo y la evolución inicial durante junio de su nuevo régimen militar, constituyen una prueba característica de los dobles rumbos que se apuntan en aquellos nacionalismos del Próximo Oriente que permanecen más afectos al sector de las democracias occidentales. Desde luego, las causas inmediatas de la caída de Yelal Bayar, Aduan Menderes y sus colaboradores, fueron no sólo internas, sino en gran parte personales. A los gobernantes no se les acusaba por motivos doctrinales, sino por abusos del Poder con la violencia y la corrupción. Por otra parte una de las primeras medidas del «Comité de Unión Nacional», presidido por el general Yemal Gursel, fué apresurarse a divulgar un comunicado por el cual el Ejército confirmaba su fidelidad a las «alianzas existentes del país», o sea la N. A. T. O. y la C. E. N. T. O. Pero en la práctica hay matices nuevos.

Algunos de los primeros comentarios que se hicieron en los círculos políticos y periodísticos del oeste de Europa, cuando cayeron Bayar y Menderes, establecieron apresuradas comparaciones con la caída de Rhee en Corea. Esto tenía por motivos el que parte del relajamiento de los gobernantes del partido demócrata turco se debió al mal uso de los fondos y recursos de la ayuda estadounidense. A una deficiente imitación de las normas políticas anglosajonas se atribuyeron también los defectos del anterior sistema parlamentario turco, por el cual el partido hegemónico se adjudicaba casi todos los puestos del Gobierno y el Parlamento (aunque la oposición hubiese tenido el 52 por 100 de los votos, como pasó en las anteriores elecciones). En la nueva Constitución, que prepara una comisión de técnicos bajo instrucciones del general Gursel, se introduce un sistema proporcional. Este es no sólo para que los pequeños partidos puedan presentar candidatos, sino «para que la revolución asegure el derecho a la libertad y el progreso económico de nuestros conciudadanos,

campesinos y obreros». Oficialmente declara el Gobierno provisional de Ankara que su movimiento trata de impedir el beneficio excesivo de ningún partido o grupo determinado. Así, el nuevo régimen, ha comenzado con un cierto apoliticismo que, por lo tanto, lo diferencia de los regímenes surgidos por golpes de Estado militares en sus vecinos los países árabes.

Hace pocas semanas que en Turquía se recordó el aniversario de la fecha en que se cumplieron quinientos siete años desde la toma de Constantinopla por el Sultán Mohamed. Entonces nació la Turquía antigua que fué un gran Estado militar. La Turquía moderna surgió en 1923 con Kemal Atatuk, en forma de otro Estado predominantemente militar. Lo guerrero es allí siempre el fondo más arraigado y duradero de la nacional; y en cuanto al Ejército turco actual, éste es considerado uno de los mejores del mundo, tanto por el material como por el entrenamiento. Ahora bien, resulta que vuelve a recordarse cómo durante varios siglos la organización castrense del viejo Imperio de los sultanes había formado la armazón sólida que mantuvo el equilibrio alrededor del Mediterráneo oriental (a pesar de la pluralidad de razas, pueblos y comunidades religiosas que lo habitan). La caída de ese encuadramiento y esa hegemonía fué el punto de partida de la dispersión, confusión y pluralidad de naciones (en gran parte pequeñas y artificiales) que allí existen. Y no sería imposible que, aunque el régimen del general Gursel no tenga intención de interferir en los asuntos de sus vecinos, busque lo que el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Selim Sarper, ha definido diciendo que «respecto al Oriente Medio, habrá una más activa participación, en el sentido constructivo de la palabra».

Lo del «sentido constructivo» parece referirse a que los nuevos gobernantes turcos podrán buscar aproximaciones a los países árabes más recelosos y neutralistas, sin pasar, de ningún modo, por el camino intermedio de las consultas a las potencias anglosajonas. Hay ya una invitación formal de visita a Turquía al general Kassem, del Iraq, e intentos de cambios sinceros de impresiones con los gobernantes de la R. A. U. El principal objetivo será procurar que, sean cuales fueren las ideologías y formas estatales de los países islámicos del Oriente Medio, no se produzcan entre ellos conflictos bélicos que puedan hacer intervenir a las grandes potencias.

En Pakistán, el régimen del general Mohamed Ayub Jan, viene manifestando, en los programas y procedimientos, tendencias semejantes a al-

gunas de las expresadas por los nuevos gobernantes turcos, salvo la grandes diferencias que imponen las condiciones físicas y humanas de los dos países. En un sentido muy estricto es más propio decir que son los de la Junta y el Gobierno de Ankara los que ahora adoptan una parte de los programas que Ayub Jan puso en marcha desde los comienzos de este 1960. Por ejemplo, el de facilitar la expresión política directa a todos los sectores del pueblo, según las normas que está elaborando la Comisión Constitucional Técnica. También coinciden el programa aplicado del general Ayub Jan con el programa iniciado por el general Gursel, en los deseos de fomentar un «laicismo religioso». Algo por lo cual la acción de los teólogos y juristas musulmanes se intensifique en lo espiritual (es decir, fuera de lo político).

En cuanto a la política exterior pakistana, respecto al conjunto de su emplazamiento asiático meridional, ésta (lo mismo que la turca) tiende a fijarse sobre dos sectores paralelos: el de los países vecinos y el de las potencias anglosajonas. Con los primeros, Ayub Jan ha expresado deseos de que se coopere en un «sentido constructivo», entendido por las proposiciones de que los pleitos y problemas comunes se resuelvan por conversaciones directas y planes muy concretos, según las necesidades locales; es decir, dejando a un lado las pugnas de predominios y prestigios. Así, en la cuestión de Cachemira, que sigue en litigio con la India, el jefe del Estado pakistano opina que la solución debe estar en que se cumpla aquella resolución tomada por la O. N. U. de que el pueblo cachemirano sea el que designe su propio destino por un libre plebiscito, bajo garantía internacional. Sólo así India y Pakistán podrían colaborar pacíficamente, a la vez que quedarían disponibles las fuerzas armadas de ambos países hermanos (fuerzas que hoy se vigilan con un «recelo suicida»). La India tiene 400.000 soldados de tropas permanentes, y Pakistán tiene 200.000; todos los cuales prestarían más útil labor en las amenazadas fronteras con China.

En la política con las potencias anglosajonas, los gobernantes pakistanos se parecen a los nuevos gobernantes turcos, en que también desean más facultades de iniciativa respecto a sus aliados de Londres y Wáshington. Pero Pakistán tiene mayores campos de acción, tanto en los sectores asiáticos como en los mundiales. Turquía es a la vez el flanco extremo derecho de la N. A. T. O. y el flanco extremo izquierdo de la C. E. N. T. O. Pakistán es el extremo derecho de la C. E. N. T. O. y el extremo izquierdo de la S. E. A. T. O., que llega hasta el Océano Pacífico; pero además

forma parte de la Commonwealth británica, y es el mayor país islámico del mundo. Posee, por tanto, una flexibilidad de horizontes y posibilidades superior a la de Turquía. Es muy posible que algunas de las posibilidades pakísticas sean las de destacar sus valores de reforma social-islámicas para un mayor acercamiento hacia los países árabes neutralistas. Por lo menos ya hubo un cordial intercambio de puntos de vista de Ayub Jan con Abdel Nasser, cuando éste visitó India y Pakistán entre marzo y mayo. En cuanto al Iraq ya existe y funciona entre Bagdad y Karachi una titulada «Sociedad de amistad pakistano-iraquí».

Entre sus dos vecinos y asociados, turco y pakistano, de sus lados Oeste y Este, la actuación oficial de los gobernantes de Persia o Irán, viene siendo más apagada o más discreta. Irán se limita a apoyar los puntos de vista de los otros dos Estados, aunque sin hacer manifestaciones por su cuenta. Se considera que Irán puede ayudar a mejorar las relaciones de la C. E. N. T. O. con la India y Afghanistan, respecto a los cuales Persia tiene contactos más cordiales.

En general se piensa que el factor más necesario para extender el círculo defensivo de los Estados asiáticos meridionales es la presión de la amenaza de China. En este sentido es muy curioso observar que, mientras los Estados islámicos de la C. E. N. T. O. han expuesto varias veces a sus aliados ingleses y norteamericanos la necesidad de una mayor cohesión en la defensa de Oriente Medio ante la U. R. S. S., en realidad esos Estados islámicos no son precisamente antirusos. Allí se tiende a pensar que si hay un peligro mundial, éste es la China de Mao-Tse-Tung (amenazadora incluso para el futuro de la Unión Soviética). En el Oriente Medio se extiende la convicción de que un acuerdo entre Rusia y los occidentales es necesario para la humanidad y la civilización, pues una guerra entre ellas las destrozaría, y entonces China esclavizaría a todos los afroasiáticos. En las gestiones y declaraciones pacifistas que a veces ha hecho Kruschef, los círculos políticos del Oriente Medio creen ver una evidente buena fe, mientras que sus posteriores reacciones amenazadoras las explican por la necesidad que Kruschef siente luego de neutralizar en Moscú las disconformidades de aquellos sectores que se dejan influir por las presiones y propagandas de Mao-Tse-Tung.

En último término, respecto a los asiáticos de la S. E. A. T. O. y sus vecinos, sus más recientes y difundidas opiniones son las de que después del fracaso de la «Conferencia cumbre», está en Asia el campo más importante de la pugna entre las potencias atlánticas y las potencias comu-

nistas. Los del Oriente Medio tratan de valorizarse entre los anglosajones y los soviéticos, esperando que con estos equilibrios evitarán volver a convertirse en países dependientes. Es decir, que en ellos el temor a los resabios coloniales y colonistas, es un factor más arraigado que el de las actuales conveniencias de sus alianzas «occidentalistas».

RODOLFO GIL BENUMEYA

